

El club de los pavos reales

En 1954 Boris Vian gritaba que era un esnob, pero ello no le ha librado de que *La espuma de los días* figure entre los diez libros que, según Fabrice Gignault en su particularísimo diccionario de literatura, odiarían los esnobs. Junto a *Bella del señor*, de Albert Cohen; *El extranjero*, de Albert Camus; *El amante*, de Marguerite Duras; *El principito*, de Saint-Exupéry; *La condición humana*, de Malraux; *Las uvas de la ira*, de Steinbeck; *El viejo y el mar*, de Hemingway; *La náusea*, de Sartre, y *En el camino*, de Kerouac, todas ellas obras de gran repercusión. Hay que tener en cuenta que el fracaso comercial es uno de los platos preferidos del esnobismo y, como escribe el mallorquín José Carlos Llop, uno de los dos autores españoles junto a Max Aub que figura en la galería de personajes de Gignault, "sin la exclusividad de la reserva no hay esnobismo posible". En resumidas cuentas, no se puede ir por la vida deseando pertenecer a una elite y, a la vez, gustándole a uno lo que le gusta al común de los mortales.

De hecho, uno de los esnobs con entrada en el diccionario, Maurice Dekobra (1885-1973), novelista de gran éxito en la era del jazz y hoy perfectamente olvidado, se convierte en el más despreciado de la lista por escribir los best seller de su tiempo, con 90 millones de ejemplares del *pulp*s vendidos en 75 lenguas, entre ellos, *La madona de los cohes-cama*, *Macao*, *el infierno del juego*, *Los tigres perfumados* o *Llamas de terciopelo*. Tras un viaje pionero al Nepal, Dekobra inspiró a Hergé para su personaje Tintín. Una de sus fieles lectoras y amante entregada fue Rita Hayworth.

Diccionario de literatura para esnobs, editado primorosamente por Impedimenta con preciosas ilustraciones de Sara Morante, es un libro exquisito para exquisitos. Cubre el objetivo de hacer feliz a cierto tipo de lectores sin que Fabrice Gignault, su autor, un esnob francés de tomo y lomo, jefe de cultura de la revista "Marie Claire", cuente nada en él que lo convierta en lectura obligada. También es cierto que de ser al contrario habría fallado estrepitosamente en su cometido de ser un diccionario para esnobs y, sobre todo, como reza en el subtítulo, para todos los que no lo son.

En teoría y de acuerdo al enunciado, se trataría de un libro apto para todos los públicos y, sin embargo, no lo es. ¿Por qué? Pues porque no a todo el mundo le tiene por qué interesar, por ejemplo, la historia del Club de

Fabrice Gignault incluye en su singular "Diccionario de literatura para esnobs" a dandis, raros y escritores de vida desastrosa



Diccionario de literatura para esnobs

FABRICE GIGNAULT / PRÓLOGO
DE JOSÉ CARLOS LLOP
Impedimenta, 242 páginas

pa, creo yo, porque Morand nunca tuvo la necesidad de imitar el comportamiento de una elite a la que ya pertenecía o con la que, al menos, emparentaba. Tampoco tienen entrada propia otros que, sin embargo, sí fueron destacados esnobs o contribuyeron a dotar de carácter a la palabra: Evelyn Waugh, Cyril Connolly o Nancy Mitford, por poner tres ejemplos relevantes, de aquellos "children of the Ritz". Sí figura, en cambio y con todos los honores, Harold

Acton, dandi de re-

lumbión, de origen angloamericano aunque resueltamente vinculado a Italia por haber nacido en la espléndida Villa la Pietra, en las afueras de Florencia. El primero en moldear el concepto de esnob fue William Thackeray (1811-1863) en *El libro de los esnobs*. Después vinieron los cantantes del dandismo: Oscar Wilde, Charles Baudelaire y Barbey d'Aurevilly. Recientemente tenemos en Julian Fellowes, autor de la novela *Snobs*, a otro gran intérprete del fenómeno. Francis Dorleans, con *Snob society*, y Frédéric Rouvillois, con *Histoire du snobisme*, han contribuido eficazmente a la divulgación de ese reino del rechazo que agrupa al esnobismo internacional.

El Club de los Bigotes Largos era, según Morand, un compendio de "hombres encantadores, con escasa confianza en sí mismos, dandis amargos y muy suaves, igual de prestos a divertirse que a desesperarse". Unos "Freddy Mercury olientes a violeta y a lirio", como añade Gignault de su cosecha, "cuyo estado de permanente esplín podría inducir a pensar que los destetaron con biberones de láudano". Su líder podría decirse que era Henri de Régner, su grito de guerra, "¡vivir envilece!", y su espacio natural de dispersión París, Venecia y la Riviera. Con Los Algonquines, al contrario de los Bigotes Largos, el autor rinde tributo al "gang neoyorquino de gatillo literario fácil" que acostumbraba a reunirse en el hotel Algonquin, de la calle 44. Alrededor de su "tabla redonda" se sentaron, entre otros distinguidos miembros, Dorothy Parker, Ring Lardner, el británico Noël Coward, Harpo Marx y Harold Ross, fundador de la revista "The New Yorker".

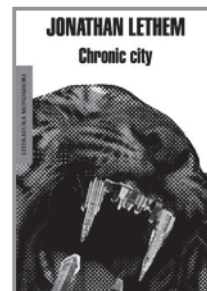
Sujetos pertenecientes a distintas sectas literarias asesinas, eruditos a la violeta, happy few, diletantes; hay de todo en este diccionario. Y, sobremano, franceses que no han dejado rastro de su existencia y, por eso, merecen figurar en el libro de Gignault, teniendo en cuenta que Gignault, además de esnob militante, es francés, cosa que no se puede pasar por alto al referirse a esta simpática y singular obra.

La nave de los locos

Lethem, una lectura libre de estos tiempos

Ricardo Menéndez Salmón

Si alguna enseñanza podemos extraer de la cultura contemporánea, entendida como el entramado que pone nombre y orden en las jerarquías creadoras, es que el mundo se resiste a ser dicho. Demasiadas personas, demasiadas cosas, demasiados afanes, demasiadas relaciones entre personas, cosas y afanes lo articulan, hasta el punto de que su retícula resulta cada vez más apretada e inextricable. Ya no hay nudos gordianos que cortar porque el nudo gordiano se ha convertido en la norma, no en la excepción. Por más antorchas que aproximemos a la cueva de la realidad, la oscuridad es el destino último. Hay que conformarse, pues, con aceptar esta infructuosa búsqueda de un sentido. O no. Porque quizá el disparate constituya una buena tentativa para intentar aprehender cuanto sucede, para dotar de un norte y de un sur a las coordenadas de una sociedad, la occidental, envanecida y caprichosa, y cuya deslumbrante banalidad, rostro incruento pero no por ello menos nocivo del nihilismo que nos rodea, uno de sus



Chronic City

JONATHAN LETHEM
Mondadori, 448 páginas

grandes exégetas, el novelista Don Delillo, resumió en una frase memorable: "Nos hemos convertido en masticadores de vino". *Chronic City*, la última obra de Jonathan Lethem, uno de los más originales, audaces y ácidos escritores norteamericanos, convierte el disparate en asunto central de su texto y logra un efecto parecido al de ciertas sustancias psicótropas. De modo que una historia demencial, urdida sobre personajes de una absurdidad sin mácula, y en la que nada es lo que parece, pues la acción desplaza siempre el significado de lo que ocurre hacia otro lugar a menudo insensato, ajeno al hemisferio racional, articula una lectura maravillosamente libre y extraordinariamente fértil de ese tiempo plástico que nos define y devora. No en vano, el *dramatis personae* de la novela es demasiado excéntrico como para ser ignorado: tigres eléctricos que apuntan a una inesperada metáfora del desagrado, árboles de la marihuana que se transforman en dispensadores de placebos, apartamentos para perros abandonados, novias perdidas en el espacio exterior que enferman de cáncer de pie, artistas de vanguardia que llevan el *land art* al territorio urbano y convierten las ciudades en simas sin fondo, filósofos que recuerdan a Unabomber y hacen de la búsqueda del caldero perfecto una pesquisa platónica, una antigua estrella infantil de las teleseries convertida en narrador de privilegio del caos contemporáneo...

La mera enumeración de los caracteres que pueblan *Chronic City* invita a pensar en una serie de Matt Groening antes que en una novela de un legítimo heredero de Charles Dickens, y sin embargo el aliento especular, la vieja aspiración ficcional de convertirse en espejo del tiempo en el que se inserta, obra aquí sus poderes a través de este retrato alucinado y belicosamente inteligente que propone, en clave de feroz parodia, una plausible respuesta ante la carencia de preguntas de nuestra sociedad. Porque puede que, en efecto, el mundo ya no sea comprensible, pero subirse a esta nave

